

Tres miradas desde distintos ángulos sobre la contingencia actual

¿Cómo se conjugan la realidad con los datos y qué sentido se les da?; ¿cómo puede ayudar la asociatividad entre los mundos público y privado? y ¿cómo afecta el estallido social a los adultos mayores? Son tres interrogantes que comentan los expertos

Las fantasías de los expertos

Andrés Biehl Lundberg

Académico Instituto de Sociología UC

Es imposible predecir todas las consecuencias de nuestras acciones. Hoy nos podría parecer fácil adivinar el estallido de un descontento masivo. Cada uno puede recordar hechos que le parecen significativos y seleccionar algunos para construir historias que den sentido y confirmen lo que ya pensaba. Sin embargo, tuvimos esos hechos a la vista y no pudimos anticipar esta crisis.

El panel de expertos que notificó al Metro del alza en el precio del pasaje jamás podría haber previsto que una medida rutinaria se convertiría en la válvula de escape de problemas en otras áreas, algunas muy ajenas al transporte público. Quién los podría culpar. Es su trabajo y lo hacen bien porque no necesitan responsabilizarse por ellas. El alza desnudó los problemas de toda una sociedad. A medida que las movilizaciones se energizaban, todos quisieron ver en la crisis los problemas que más les preocupan. Hace unos días un bombero me dijo “no hay mal que dure cien años ni tonto que aguante, las AFP se quedan con tu plata cuando te mueres”; en la feria escuché historias de personas que no pueden proyectar una vida más allá de los gastos de alimentación. Otro día, una taxista culpó una supuesta infiltración de venezolanos y, en la tarde, en la plaza oí la conversación de una venezolana que culpaba a los comunistas. La bolsa que se abrió estos días aguanta todo.

Por años, la reacción de algunos líderes y expertos a estas narrativas ha sido la misma. Contrastan estas historias con los datos, concluyen que son falsas y afirman algo que se escucha muchas veces: “Que la gente no entiende cómo funcionan las cosas”. De lo que no se percatan, es que da un poco lo mismo si estas historias son empíricamente verdaderas o falsas. Ese nunca ha sido el punto. El tipo de verdad que buscamos en estos eventos no es solo empírica, es de sentido.

Mientras estas historias sean plausibles para quienes creen en ellas será difícil convencer con gráficos que la realidad es mejor. Pero una creencia errada sobre la AFP importa menos que las fantasías que se han contado nuestros propios dirigentes y expertos acerca del país. Son decisivas por sus consecuencias.

La primera fantasía es que se acabaron las fantasías porque tenemos datos. La segunda, consiste en creer que solo basta la capacidad técnica para usar esos datos y terminar con los problemas de nuestra sociedad. La tercera es más dramática: culpar al enemigo interno. Estas tres estrategias son peligrosas porque ocultan una realidad dinámica y diluyen la asignación de responsabilidades.

En los tres casos no existe un responsable si las cosas salen mal. Las dos primeras nos ahorran la mediación política y la necesidad de anticipar consecuencias dinámicas. De ser originalmente un principio de competencia, se ha ido convirtiendo en una manera de decir “aquí nadie es responsable: la decisión fue tomada por un modelo bajo ciertos supuestos”. La tercera corresponde a un cuento rico en creencias sobre algún agente maligno que está actuando bajo las sombras para desarticular el camino hacia el crecimiento y la igualdad. La posición es la misma: nadie es responsable, basta con seguir haciendo lo mismo. Son formas de justificar la inercia, la consecuencia es la incapacidad de actuar.

Sin responsabilidad, queda la impresión de que existe una clase de personas que está expuesta a los beneficios del orden social y de sus propias acciones, pero a ninguna de sus consecuencias negativas por las que no asumen ningún costo. En ese plano flota la pregunta por nuestras obligaciones públicas. La disposición a cumplirlas depende de que creamos que nos afectan a todos: aceptamos ciertos sacrificios, a pagar en vez de eludir, a contribuir en vez de evadir, porque nos vemos actuando y responsabilizándonos mutuamente por nuestra vida colectiva.

Vendrán ahora gestos de reparación simbólica y material. Pero en el largo plazo, ¿son capaces nuestras instituciones de procesar demandas dinámicas? ¿Cómo nos comprometen? Instalar obligaciones requiere de instancias de participación y en revitalizar ritos cívicos donde nos veíamos expuestos, por igual, a las consecuencias de nuestras decisiones: desde declarar impuestos hasta votar. Es tal vez la tarea más delicada que tenemos a futuro, cómo recrear la ilusión más poderosa de una democracia: la creencia de que las obligaciones cívicas son nuestras, por lo tanto dignas de ser cumplidas, porque nosotros las hemos creado.



¿Chile a medias o en medias?

Héctor Nordetti Calderón

Fundación La Semilla IDB

A propósito de la situación de crisis que estamos viviendo desde hace semanas, en que nuestro trabajo se ve plagado de incertezas, me llega a la mente que estamos viviendo a medias. En el campo, cuando se trabaja en medias, eso significa que se potencia el resultado agrícola cuando se consigue un socio que apoye, ya sea con trabajo o con recursos.

En este caso es nuestro país el que está a medias y debemos lamentar no solo perder las certezas cotidianas, sino también la vida en paz, el derecho a sentirnos seguros, el derecho al libre tránsito e incluso ahora el derecho a salud y educación, en aras de paros inexplicables para conseguir mejoras para la gente y sin atender a la gente.

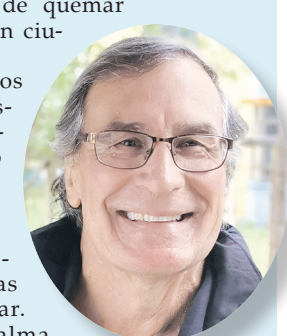
Sorpresivamente el país que en los últimos años más ha avanzado en la implementación de energías alternativas en América, dejó de hablar de los temas ambientales y contrariamente ha instalado la práctica de quemar miles de neumáticos en ciudades y pueblos.

Hemos sido testigos de personas de nuestros programas sociales que han perdido sus horas médicas y con especialistas largamente esperados. También vemos colegios que a duras penas terminan su año escolar.

Nos queda en el alma la esperanza de que todo esto tenga un sentido y que de verdad el mundo del poder en alianza con la sociedad civil logremos aterrizar los necesarios acuerdos para desarrollarlos con equidad, con mejores prácticas ambientales y de trato entre los chilenos. En caso contrario habremos retrocedido, habremos vulnerado derechos, quemado espacios públicos y privados, habremos cuestionado a quienes nos deben resguardar, habremos desprestigiado a nuestro país y nos habremos separado en una suerte de “lucha de clases” desconocida y sin ningún sentido, de todo lo cual nos podremos demorar generaciones en salir.

En nuestra tarea social, que involucra a muchas personas en situación de vulnerabilidad, queremos paz para trabajar y para vivir, queremos volver a creer en las instituciones y en las personas y queremos recuperar las condiciones para mejorar nuestro entorno, volver a respetar el medio ambiente y así aportar a la justicia social en alianza con el mundo público, privado y social.

Necesitamos conseguir hacernos socios para que aportemos con trabajo y recursos para salir del Chile a medias y cambiarlo por un Chile en medias.



El estallido social y los adultos mayores

Javiera Sanhueza Chamorro

Directora Revista Pensar Sin Edad

Más allá de cómo suena, parece que la palabra “estallido” es un buen concepto para referirnos a lo que viene pasando en Chile desde el 18 de octubre hasta la fecha, esto, porque tiene que ver con una sensación de saturación a nivel país. Algo que explota desde la guata, cuando un pueblo siente haber sido abusado e ignorado sistemáticamente.

En lo que respecta al adulto mayor, en este mismo mes, ocho días antes del estallido social, hablábamos sobre la salud mental en Chile y, en particular, sobre la alta tasa de suicidio en los adultos mayores. Muchos de ellos -precisamente- tomaron esta decisión porque no tuvieron los recursos suficientes para poder hacer frente a sus vidas. Cientos de adultos mayores estaban viendo como una “salida válida”, suicidarse, para no ser una carga para sus familias, al no haber pensión ni dispositivos sociales que estén allí para brindarles protección y dignidad.

Pensiones dignas desde donde se puedan edificar todos los demás derechos: autonomía, independencia, autodeterminación, autorrealización, participación, etc. El derecho a vivir con calidad de vida.

Por otro lado, la fuerza militar, al salir a la calle el 19 de octubre, revivió una memoria colectiva e individual respecto a la violación de los derechos humanos fundamentales. Memoria emocional y sensorial que fue muy fácil de reactivar con las actuaciones de las cuales fuimos testigos en las calles, por televisión y en redes sociales. Ansiedad y estrés postraumático para los adultos mayores que vivieron torturas y para los familiares de los desaparecidos, quienes hoy constituyen nuestra tercera y cuarta edad.

Las rutinas se ven alteradas, aumenta la sensación de vulnerabilidad e inseguridad y resurgen antiguos fantasmas frente al supuesto riesgo de desabastecimiento... Cabe preguntarse acerca del desgaste emocional que -a la larga- puede llegar a desencadenarse en los adultos mayores de la comunidad.

El modelo neoliberal nos había arrastrado hacia el individualismo, pero en los últimos días -sorprendentemente- nos hemos abierto a conversar más, a preocuparnos más por nuestros vecinos, a involucrarnos más en lo que ocurre en nuestros barrios y ejercitar el buen trato en la vida cotidiana. Tenemos que aprovechar esta oportunidad para generar más espacios para la participación intergeneracional.

Debemos salir fortalecidos de esta crisis, para pasar a generar espacios de comunicación respetuosa con todas las diferencias y escuchando las historias de los adultos mayores, habilitando así su participación en la construcción de un nuevo Chile.

